



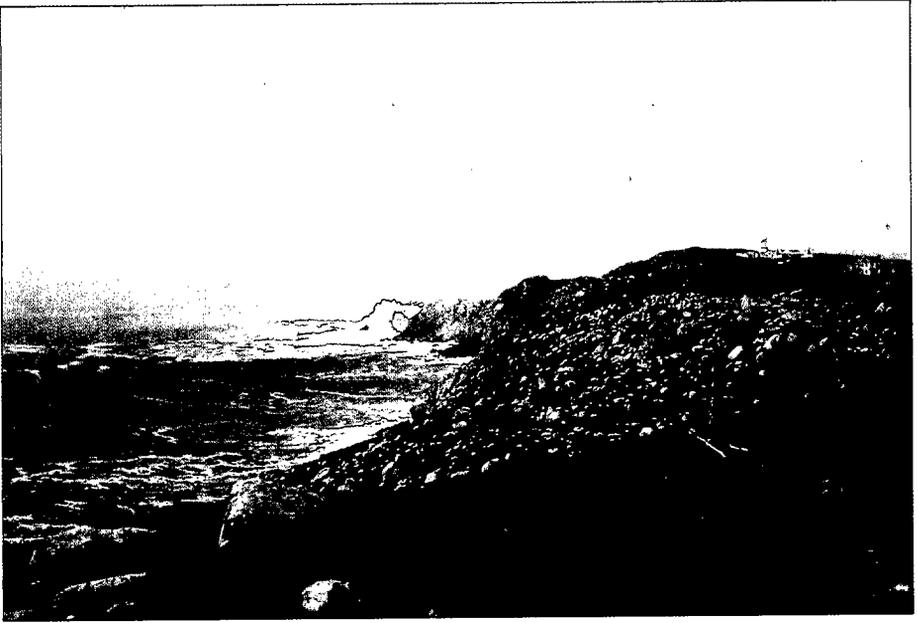
LA NORTEÑÍSIMA ESTACA DE BARES

Con este nombre tan sonoro y sugestivo se conoce al cabo más septentrional de España, la punta más puntera de la Península Ibérica, donde perdemos en la mar las latitudes por arriba y donde todo es, sin remedio, meridional. La Estaca está situada en la parroquia de Santa María de Bares, a los $43^{\circ}47'19''$ de latitud norte y $7^{\circ}40'82''$ longitud oeste, como todo hombre de mar sabe y también saben las multitudes de aves marinas que reconocen en la Estaca el punto imprescindible de recalada para continuar sus vuelos migratorios en demanda siempre de un «más lejos» que llevan impreso en sus genes, orientándose con sus misteriosas brújulas y sextantes biológicos por medio de las estrellas, del sol e incluso con el cielo cubierto. Las aves marinas, con la facultad de volar y su carácter inquieto, dejaron de ser de aquí y de allá para conquistar el amplio mundo como morada.

Termina, pues, la tierra peninsular en la Estaca de Bares, pero, reacia a hacerlo de súbito, aún se adentran en la mar tres islotes en firme sucesión lineal: parece que son los puntos suspensivos de una España que ya ha

dicho mucho en su geografía y en su historia, pero que aún le queda bastante por decir. Son los dos Sigüelos y, por último, el Estaquín. En ellos se arraciman las aves marinas que buscan breve descanso, los hollan momentáneamente patas fatigadas y palmeadas de gaviotas, charranes, págalos, fúlmares, alcatraces, cormoranes, alcas y araos, y anátidas de todas formas y colores para en seguida levantar el vuelo y seguir sus viajes a África, o a cualquier otro sitio, que el mundo es ancho y largo, huyendo de los cortantes fríos del septentrión europeo, por citar un ejemplo, aunque pronto desharán el camino volado para regresar a la Europa de los veranos suaves, y poder criar lejos de los tórridos rigores africanos. Así es la vida de la mayoría de las aves marinas.

El entorno de la Estaca es bellissimo. Aquella costa es de lo más escarpada, salvaje y sobrecogedora de cuantas se dan en Galicia. La parroquia de Santa María de Bares es una de las cinco que forman el municipio de Mañón, una estrecha franja de montes y bosques lindante con el río Sor, cuyo estuario



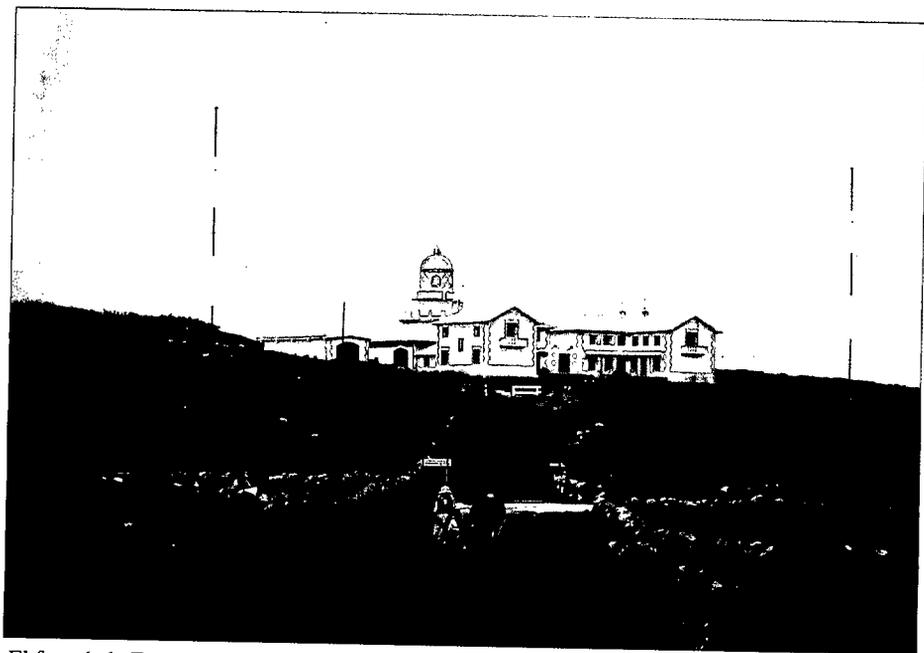
La Estaca de Bares se adentra en la mar con vocación norteña. En los Sigüelos rompe con fuerza y al final el Estaquín.

acaba en la hospitalaria villa de O Barqueiro, y con la provincia de Lugo. Tierras, pues, de cambios y de confines; y así, se dice que en la Estaca se encuentran el mar Cantábrico y el océano Atlántico, aunque este impreciso límite lo sitúen otros geógrafos en el cabo Ortegal, en cuyos pies crecen unos impresionantes islotes, verdaderos rascacielos graníticos que, enguantados de percebes y de mejillones, emergen de las aguas en estrechadora vertical, simulando garras que buscan arañar el cielo, pues están rematados por afilados picachos donde otrora nidificara abundante el «pingüino» ibérico o arao, hoy totalmente desaparecido de la zona y, prácticamente de toda España. Desde la portentosa atalaya que es el cabo Ortegal, se divisa la Estaca, hundiendo su proa en la mar, vocacionalmente norteña y entre ambos accidentes se forma un gran saco, la ría de Santa Marta de Ortigueira, que deja velar en las bajamares amplios placeres de fango y de algas, generosos en miñocas, cangrejos, gusanos y moluscos que tanto gustan a las

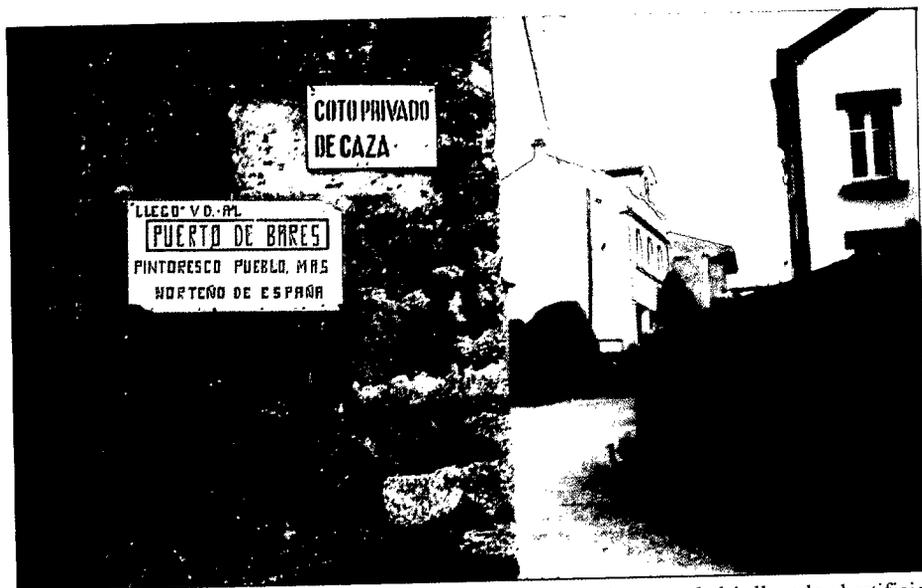
limícolas y a otras aves marinas, concentrándose allí, en los pasos primaveral y otoñal el mayor número de especies y la mayor cantidad de especímenes de cuantos pueden contemplarse en la Península Ibérica, junto con la ensenada del Grove, en Pontevedra, otro importante ecosistema que hasta hace pocos años era muy poco conocido entre nosotros y muy renombrado entre los ornitólogos extranjeros, que acudían con frecuencia a estos lugares para seguir los viajes de unas aves que, por rebasar las fronteras, pertenecían a una Europa que nos llevaba veinte años de adelanto en el conocimiento de estas materias. Quede claro, pues, que Ortegal, la ría de Ortigueira y la Estaca de Bares forman el mismo ecosistema en conjunto, salvando las peculiaridades de esta última, como pronto veremos. Aún hace poco más de un año que me adentraba en piragua en esta mansa ría, para observar aves en compañía del comandante médico de la Armada y hermano antártico Asís Fernández Riestra; una delicia.

La Estaca tampoco se conocía en España por su valor ecológico, y tuvieron que ser ornitólogos extranjeros como Huyskens y Maes quienes, con sus meticulosos trabajos sobre migración ornítica en este cabo, pusieran de relieve toda su importancia hace ya muchas décadas. No obstante lo dicho y curiosamente, una disposición, fechada el 31 de octubre de 1933, creaba, con la minifúndica extensión de 0,9 hectáreas, el «Sitio Natural de Interés Nacional de la Estaca de Vares» (sic), atendiendo más a su excepcionalidad geográfica que a otros valores naturalísticos. Es, pues, la Estaca uno de los primeros espacios de España protegidos legalmente, después de los parques nacionales de la montaña de Covadonga (27-7-1918) y del valle de Ordesa (16-8-1918), donde, en las fechas que escribo este artículo (enero de 2000), acaba de morir el último ejemplar de bucardo del Pirineo, extinguiéndose como animal único en el mundo. Se trataba de una vieja hembra de cabra montés de la que podemos decir, sin metáforas, que ha muerto de

soledad, evento que no saldrá en las revistas del corazón, a pesar de su alto valor sentimental y afectivo; ya veis qué cosas. En la Estaca de Bares hay un faro de primer orden y una sirena de diez millas de alcance, que empezaron a funcionar el 1 de septiembre de 1850. Un faro nunca desentona en una costa porque es esencia de la misma, como está mandado. Había también unos molinos de viento y de agua cuyas ruinas eran vestigio de una arquitectura popular que encajaba muy bien en el paisaje, y ya no digamos de las mámoas o enterramientos pregallegos, que le iba como anillo al dedo al agreste panorama. Pero como lo que está bien siempre puede estar peor, instalaron allí un parque eólico que se daba de patadas con el entorno, cuyos altos postes, artificiosas aspas y horrendas cajas de motores están hoy día oxidadas e inoperativas y, por si era poco, alguien levantó en los años 80 una caseta de observación de aves que es excesiva e innecesariamente alta, tan estrecha y absurda que no se concibe que un ornitólogo quepa en pie en su interior,



El faro de la Estaca, que no rompe el paisaje, ni a la paisana con la vaca tampoco. Actualmente hay un parque eólico a la izquierda del camino; imaginad...



El puerto de Bares, en donde, a la vista está y a pesar del cartel, aún no había llegado el artificio de un turismo atosigante.

y además, para colmo, blanca como la nieve: un parche en un terreno herido de muerte en su armonía natural. También hubo una pequeña base americana en los años sesenta, aunque nadie sabía muy bien qué hacía allí. En total catorce hombres que pronto aprendieron a decir «carallo», pues poco más se recuerda de ellos entre los viejos del lugar.

En los años en los que reinaba la soledad en la Estaca como atributo inseparable de lo salvaje, íbamos a ver el paso de las aves marinas en cuanto empezaba el otoño ornitológico, es decir, a finales del mes de agosto, pero me he hecho ya demasiado mayor para poder transmitir a vuela pluma al lector las emociones que provocaba el paso plétórico de los alcatraces, lanzándose desde las alturas en un temerario chapuzón para zambullirse y capturar el pescado suyo de cada día, o de las líneas de cormoranes que aparecían por un horizonte y desaparecían por el otro, permitiendo a los mortales saborear la sensación del infinito. Los días de recia nortada eran los mejores para la observación porque los viajeros se acercaban a la costa y se les oía graznar al unísono para mantener sus bandadas

unidas, y al espectáculo de la vista se añadía el del oído, rebotando algarabías que despertaban en los naturalistas un primigenio impulso vital que nos acercaba cada vez más a la pureza de un paisaje que era nuestro y que nosotros sabíamos que éramos parte de él.

La migración de las aves es uno de los fenómenos que de siempre ha despertado admiración en los seres humanos, y cuanto más en el hombre de la mar, donde no es raro que nos encontremos muy lejos de la costa con aves que sin más avisos ni presentaciones se posan en nuestro barco para descansar por un rato, provocándonos la lógica pregunta de «¿qué hace un chico como tú en un barco como éste?». Pues bien, la respuesta parte de la misma etimología de la palabra «emigrante» que viene de «migrare», un latinaje que indica el traslado de una persona de un lugar a otro voluntariamente, y en el caso de las aves, el desplazamiento, también discrecional y con un fin concreto (aliviar el hambre que se da en lugares helados, criar en el mismo lugar en que nacieron), que no puede ser uno cualquiera, sino que debe ser de cierta envergadura para que se pueda calificar de migratorio,

hasta llegar a alcanzar la plusmarca del charrán ártico, que igual nos lo hemos encontrado en la Antártida que se ve en el polo norte, porque en sus vuelos migratorios de la vuelta al mundo, varias veces durante su vida, pasando, naturalmente, por la Estaca de Bares, donde los marineros le llaman «firrete» y «pirrís», este último nombre como onomatopeya de su canto.

La migración debe ser regular en el tiempo (periodicidad) y en el espacio (retorno al origen) que (seguimos al profesor Bernis) es típicamente estacional repitiéndose y completándose el viaje generalmente cada año. Debe ser también masivo, y el concepto popular de que «éste es un pájaro migrante», en singular, es tan sólo una visión parcial del fenómeno: ese alcaz que vemos jadeando en la cubierta no estaba solo, sino que formaba parte de una numerosísima oleada migratoria, de la cual se ha descolgado por alguna razón, generalmente de tipo selectivo, pues nuestro barco le ha salvado de una muerte cierta por la simple coincidencia de estar «debajo de él»; dicho con otras palabras, el fin de ese sujeto, incapaz de seguir a sus congéneres en el agotador periplo, era desaparecer para bien de la especie, que no admite sujetos débiles. Por último, las residencias alternativas entre las que se mueve el ave deben ser antagonicas, porque salir de un sitio y llegar a otro igual o muy parecido no tendría razón de ser, y la Naturaleza no puede permitirse torpezas: se sale del «área de cría», que está muy bien para reproducirse, y se emigra al «área de reposo», «cuarteles de invierno» o «de verano», o sea, para subsistir lo mejor posible y prepararse para cubrir otra vez la tercera etapa vital, la más importante (nacer, crecer, multiplicarse y morir), que hemos dicho que suele consistir en el regreso al «área de cría», que está ya suficientemente avalada con la propia supervivencia del individuo (bueno como padre porque ha sabido viajar con éxito y bueno para la especie porque sabe volver al sitio idóneo para perpetuarse).

Y ahora volvamos a la Estaca de Bares. En el año 1965, Huyskens y Maes iniciaron el estudio sobre la migración de aves desde nuestro cabo más norteño. Después, otros nombres y hombres, como Pettitt, Gibbs, Van

de Weghe, Clugston, Farnell, etc., confirman lo que os decía, que nuestra Estaca era más conocida en el extranjero por sus valores naturales que entre nosotros, efectuándose meritorios trabajos por los ornitólogos citados durante la década de los sesenta. Huyskens y Maes sabían que la Estaca era más accesible que Ortegal y que el cabo Touriñana, y que Finisterre quedaba más a desmano en la ruta migratoria ornítica, y que su carácter de septentrionalidad extrema es un factor decisivo para acercarse a las aves viajeras, porque si ellas no van a la montaña, no hay nada mejor que la montaña se aproxime a ellas. Y ponderan las virtudes que la convierten en lugar sin parangón en toda Europa, a saber: el golfo de Vizcaya es un área de reposo invernal excepcionalmente importante para determinadas aves marinas (luego hablamos de ellas) y todas pasan y repasan por la Estaca. También es el paso obligado para las aves que crían en Europa e invernan al sur de Galicia, como es el marinerísimo pato negrón o *Melanitta nigra* y varios charranes. Igualmente sucede con aves árticas que son desviadas a la Estaca, como el citado charrán ártico (*Sterna paradisaea*) y las especies del hemisferio sur, que tienen un movimiento circular a través del Atlántico Norte, como es el caso de la pardela sombría (*Puffinus griseus*) que fácilmente veremos desde nuestros barcos, sobrevolando acrobáticamente las olas.

La migración de aves es un fenómeno masivo que se efectúa «todos juntos pero no revueltos», lo que da lugar al llamado flujo migratorio horario o diario, es decir, el número de aves que pasa por unidad de tiempo, aunque a veces es tan espectacular que los mismos autores nos confiesan: «El 5 de octubre de 1967, por ejemplo, se encontraban cinco observadores en la Estaca y aun así fue imposible contar la increíble cantidad de aves marinas que marchaban hacia el oeste, y tomar nota de ellas». Y añaden: «el Equipo ideal de observadores constaría de tres personas: una para observaciones; cercanas, con binoculares de 8-10 aumentos, que puede llevar al mismo tiempo el registro de las observaciones, otra para observaciones a media distancia, con binoculares 12-20 y, si es posible, una tercera persona para observa-

ciones lejanas, con instrumentos aún más potentes».

Y ahora, os cuento rendimientos de la Estaca, que entresaco al azar de los muchísimos datos de la bibliografía al respecto: desde el día 4 al 6 de septiembre de 1965 Pettitt cuenta en 12 horas 4.485 pardelas pichoneta (*Puffinus puffinus*), lo que supone un flujo horario de 373 aves. La subespecie «atlántica» de esta pardela cría en el noroeste de Europa e inverna en las costas sureste de América del Sur, ¡casi nada!

Una pardela que lleva la contraria a la pichoneta es la sombría (*Puffinus griseu*) que cría en Nueva Zelanda y en islas sudamericanas, especialmente en las Malvinas y emigra a la América del Norte oriental, y a Europa occidental (Irlanda, Escocia, mar del Norte y golfo de Vizcaya), siendo muy visibles desde la Estaca por volar cerca de costa. El flujo horario es de 82 pardelas y la mayor intensidad se produce en los primeros días de octubre.

Respecto al alcatraz (*Sula bassana*), deciros que en 200 horas de observación entre el 4 y el 26 de octubre de 1967 se registraron 41.894 ejemplares en paso, de los 80.000 que se censaron aquel año pasando hacia el oeste.

Y así podríamos continuar contando

cosas y haciendo números sobre las más de treinta especies de aves marinas que se han estudiado en la Estaca, pero, por razones de espacio, tenemos que terminar, pues ya sabéis que las aves lo tienen ilimitado, como hemos visto, pero que nosotros, que somos los «reyes de la creación», tenemos el espacio limitado hasta para sentarnos. Cosas de la vida.

Cuando íbamos por la Estaca hace tres décadas, jugábamos los observadores a adelantarnos unos a otros en dirección a la mar y el más puntero se reía con los más regazados: «Soy un ser excepcional, un solitario que tiene por debajo suya al resto de los españoles». Y se solía añadir «...y de los portugueses».

Verdaderamente es que tenemos muy pocas oportunidades en la vida para sobresalir de verdad. En la Estaca de Bares es posible. Parece una chorrada lo que os digo pero tiene su intrínquilis el asunto. Pensadlo y veréis que tengo razón, por lo menos un poquito de razón.

José CURT MARTÍNEZ

